

El chico que fue a buscar al Viento del Norte



Adaptación del cuento popular de Escandinavia

Érase una vez un muchacho bueno y trabajador que cada semana se encargaba de ir al mercado para que no tuviera que hacerlo su querida madre.

Un día que regresaba a casa con las bolsas llenas, el Viento del Norte empezó a soplar con tanta fuerza que todos los alimentos salieron volando y fueron a parar a no se sabe dónde.

Al verse con las manos vacías se enfadó muchísimo y tomó una decisión: ir a casa del Viento del Norte para mostrarle su indignación y pedirle que le devolviera la comida que había comprado.

La casa estaba lejísimos y tardó mucho en llegar, pero el viento le recibió con los brazos abiertos y una sonrisa afable.

– Dime ¿qué deseas de mí? Has caminado durante horas así que imagino que será algo realmente importante.

– Vengo a pedirte que me devuelvas los alimentos que compré esta mañana. Tu soplido fue tan fuerte que salieron disparados y casi no me queda dinero para hacer la compra otra vez.

El viento se sintió un poco avergonzado.

– Lo siento, tienes razón... ¡A veces me cuesta controlar la fuerza! Te prometo que yo no tengo tu comida y me es imposible devolvértela, pero para compensarte te regalo este mantel blanco.

– ¿Un mantel? ¡Pero si los manteles no se comen!

– ¡Ja, ja, ja! Tranquilo, es un mantel mágico; cuando quieras comer solo tienes que decirle: “Mantel, sítveme ricos manjares que estoy hambriento” ¡Te aseguro que es muy obediente!

El chico aceptó las disculpas y se fue con el mantel bajo el brazo.

Todavía tenía por delante un largo camino de vuelta a casa, así que paró en una posada para pasar la noche. Entró en la habitación y enseguida notó que su estómago estaba completamente vacío y sus tripas no dejaban de sonar. Se quitó rápidamente los zapatos para ponerse cómodo y extendió el mantel mágico en un rincón.

Tal como le explicó el Viento del Norte, dijo en voz alta:

– Mantel, sítveme ricos manjares que estoy hambriento.

¡Qué maravilla! Sobre el mantel aparecieron varios platos a cada cual más delicioso: asado de carne, legumbres con verduras, salmón braseado y tortitas de maíz con chocolate.

¡El muchacho se puso las botas y no dejó ni las migas! Se acostó con el buche lleno y se quedó profundamente dormido, pero no se dio cuenta de que había dejado la puerta del cuarto entreabierta y el posadero lo había visto todo desde el pasillo.

– Ese mantel tiene que ser mío... ¡Ahora mismo voy a dar el cambiazo!

El muy ladino buscó en un cajón de la cocina un mantel casi idéntico, y aprovechando que el chico roncaba plácidamente, se llevó el mantel mágico y dejó el de tela normal y corriente en su lugar.

Al día siguiente, el joven recogió sus pertenencias y regresó a su casa. Entusiasmado, le dijo a su madre:

– ¡Mira lo que traigo mamá!

– Ya veo, un mantel blanco... ¿Qué tiene de especial, hijo?

– ¡Ahora verás, observa con atención!

Extendió el mantel y exclamó:

– Mantel, sírveme ricos manjares que estoy hambriento.

Nada sucedió y como es lógico, la madre se quedó mirando la escena totalmente desconcertada.

– Corazón mío ¿te has vuelto loco?... ¡Estás hablando con un mantel!

El muchacho no entendía dónde estaba el fallo ¿Cómo era posible que el mantel mágico no funcionara si la noche anterior lo había hecho perfectamente?!

Indignado, enrolló la tela y se fue a ver de nuevo al viento del Norte. Caminó y caminó sin descanso hasta que se plantó en su puerta.

– ¿Otra vez aquí, chaval? ¿Sucede algo?

– ¡Este mantel no sirve para nada, solo es un trapo como otro cualquiera!

– Tranquilízate, amigo, todo tiene solución. No sé qué ha podido suceder, pero te haré otro regalo aún mejor para que se te pase el disgusto. Ten, este carnero es para ti.

¿Un carnero?

– Sí, un carnero... ¿A que es monísimo? Pues te diré que además de bonito es mágico. Cuando necesites dinero dile en voz alta: “Carnero, dame dinero” ¡Será como tener un banco siempre a tu disposición!

– ¡Está bien! Espero no tener problemas esta vez. Gracias y hasta siempre.

El joven emprendió el camino de regreso llevándose al carnero sujeto con una cuerda como si fuera un perrito. Volvió a parar en la posada con intención de pasar la noche, pero antes de echarse a dormir, probó a ver si el carnero era mágico de verdad.

Mirándole a los ojos, le ordenó:

– ¡Carnero, dame dinero!

¡Se quedó asombrado! ¡De la boca del carnero salieron las diez monedas de oro más relucientes que jamás había visto!

– ¡Madre mía, esto es increíble!... ¡Este carnero es un auténtico chollo! ¡Qué feliz se va a poner mi madre cuando lo vea!

Se tumbó en la cama y cedió al animal un sitio a sus pies para que también él pudiera descansar.

Desgraciadamente, tampoco esta vez se dio cuenta de que no había cerrado del todo la puerta y el avaricioso posadero le había estado observando todo el rato. En cuanto se quedó dormido el muy rufián entró sigilosamente y robó el animal dejando otro igual sobre el colchón.

Al día siguiente el joven y el falso carnero mágico llegaron a casa.

– ¡Mami, mami, mira lo que me ha regalado el viento del Norte!

– Ya veo, ya... ¡un carnero! ¿Para qué lo queremos si no tenemos granja?

– ¡Ahora mismo lo vas a comprobar!... Carnero, dame dinero.

El carnero ni se inmutó y siguió olfateándolo todo con indiferencia. El chico repitió la frase en voz más alta por si estaba un poco sordo.

– ¡Carnero, dame dinero!

El carnero se giró hacia él demostrando que sordo no estaba, pero no soltó ni una simple moneda.

– ¡No es posible!... ¡Pero si anoche me dio diez monedas de oro! ¡Me largo a quejarme al viento del Norte!

Estaba tan molesto que cuando el viento le recibió no se anduvo con contemplaciones.

– ¡Ya estoy hartos! ¡Este carnero tampoco me sirve! No comprendo qué demonios está pasando pero te aseguro que mi paciencia está llegando a su fin.

– ¡Vaya, lo siento, amigo! Te daré otro regalo que espero que no te defraude. Ten este palo, es lo último que me queda. No es un palo corriente, ya verás. Si le dices “¡Pega, bastón!”, lo hará. Creo que podrá serte muy útil, confía en mí.

El chico lo cogió de mala gana y se fue de allí poco convencido de su valor.

– “¡Un palo que pega! ¿Para qué podré necesitar algo así?”

Llegó a la posada de siempre para hospedarse durante la noche, y al ver la cara de felicidad que puso el posadero cuando lo vio entrar, se dio cuenta de lo que había sucedido.

– “¡Claro, ya lo entiendo! Este tipo fue quien me robó los dos regalos y por eso se alegra tanto de verme ¡Se va a enterar el muy listo!”

Se fue a la habitación, dejó el palo junto a la almohada y se acostó. Después, cerró los ojos y fingió roncar para que el posadero pensara que estaba profundamente dormido. Pasados unos minutos, el hombre entró, cogió el bastón y justo cuando iba a salir el muchacho gritó:

– ¡Pega, bastón! ¡Pega, bastón!

El palo cobró vida repentinamente y comenzó a darle golpes en las piernas al posadero, que huyó despavorido por las escaleras. De nada le sirvió, porque el bastón le persiguió sin piedad.

– ¡Ay, ay, qué dolor! ¡Por favor dile que pare, me está destrozando los huesos!

– ¡Se lo diré si me devuelves el mantel y el carnero, ladrón de pacotilla!

– ¡Ay sí, sí! ¡Tienes mi palabra!

El joven vociferó:

– ¡Para, bastón!

El palo regresó a su mano derecha como si fuera un halcón amaestrado y el posadero, muy a regañadientes, entregó el mantel y el carnero a su verdadero dueño.

El muchacho regresó a su casa feliz y no con uno sino con tres valiosísimos regalos: un mantel para tener deliciosa comida en cualquier momento, un carnero que le daría monedas de oro cuando se las pidiera y un bastón de armas tomar que le defendería el resto de su vida.

A partir de ese día, él y su madre fueron muy dichosos gracias al generoso viento del Norte que, aunque a veces soplaba con demasiada fuerza, sabía cómo disculparse y compensar sus meteduras de pata.